



ESTHER ALBERTINA  
DÍAZ **LAS** CARRI  
**POSESAS**



CAJA  
NEGRA

Carri, Albertina y Díaz, Esther

Las posesas

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra, 2022

160 p.; 20 x 14 cm - (Numancia)

ISBN 978-987-48623-2-7

1. Memoria. 2. Correspondencia. 3. Cartas.

I. Díaz, Esther. II. Título.

CDD A866

La escritura de la segunda parte de este libro fue posible gracias al apoyo de la Beca Daad concedida a Albertina Carri.

© Albertina Carri y Esther Díaz

© Caja Negra Editora, 2022

### **Caja Negra Editora**

Buenos Aires / Argentina

info@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial: Diego Esteras / Ezequiel A. Fanego

Producción: Malena Rey

Coordinación: Sofía Stel

Diseño de tapa: Alejandro Ros

Maquetación: Cecilia Loidi

Corrección: Sofía Stel

ESTHER ALBERTINA  
DÍAZ LAS CARRI  
POSESAS

# ÍNDICE

- 7 **APERTURA**  
**LA INICIACIÓN DE LA POSESIÓN**
  
- 9 **PARTE 1**  
**EL TIEMPO Y LA MEMORIA**
  
- 69 **PARTE 2**  
**LAS PÉRDIDAS O LAS PERDIDAS**

# APERTURA

## LA INICIACIÓN DE LA POSESIÓN

Ya se disfrutaban las últimas tardes del verano de 2020 y llegaban los primeros días de marzo despuntando sus ocres y apagando el fulgor de los verdes estivales cuando, a partir de una convocatoria de Liliana Viola para el Centro Cultural Kirchner de Buenos Aires, nos conocimos. Bueno, es una manera de decir: comenzamos a escribirnos. Cada una sabía algunas cosas de la otra, pero nada más. El proyecto al que nos invitaron consistía en remitirnos correspondencia durante diez días. El tema encomendado era “La memoria” y deberíamos enviarnos entre cuatro y cinco mails por día. Luego haríamos una performance en el cck leyendo nuestras misivas e improvisando una conclusión sobre el intercambio que habíamos mantenido.

Así fue que empezamos a escribirnos. Y en cada mail que nos mandábamos se nos iba la vida. Nunca pasamos de dos o a lo sumo tres diarios. Algunos de ellos, y no precisamente por extensos, nos llevaron horas de escritura. Recordábamos, consultábamos fuentes, corregíamos cada una por su lado. Redactábamos y, luego, la permuta, el canje de ideas que emanaba desbocado. Al tercer día ya nos

habíamos propuesto convertir aquella energía en un futuro libro. Una vez terminada la performance, nos encontraríamos a beber, a discutir proyectos y a trabajar a cuatro manos sobre la pasión que nos despertaba el tema evocado.

Pero mientras nos escribíamos obsesivamente sobre la memoria y sus bifurcaciones, el mundo se declaró en estado de emergencia. Pandemia, aislamiento obligatorio y desconcierto generalizado. No llegamos a conocernos personalmente y el entusiasmo que nos provocaba nuestro intercambio parecía extinguirse bajo la sombra de circunstancias demasiado inéditas. Hubo que suspender la presentación en vivo y convertirla en podcast. Pero nosotras ya estábamos poseídas. Y poseídas por el tiempo y la memoria decidimos continuar.

A pesar de los nuevos acontecimientos a los que nos tuvimos que enfrentar (o tal vez a causa de ellos), las condiciones para la existencia de estas páginas ya estaban dadas. Los cientos de temas que habíamos desplegado, en aquel breve y apasionado lapso, pedían ser profundizados, revisitados, releídos y vueltos a descifrar. Así que compartimos estas inquietudes con los editores de Caja Negra y nos embarcamos en un nuevo proceso de escritura más de un año después del envío inicial. Así apareció la segunda parte de este libro, “Las pérdidas o las perdidas”, elaborada a partir de una nueva forma de comunicación. Los mails se transformaron en cartas digitales y los envíos se pactaron estrictos y quincenales. El laberinto de lecturas, referencias y pensamientos atravesó continentes, y las sacrílegas epístolas se sucedieron puntuales, entre Berlín, donde residía Albertina temporalmente, y Buenos Aires, donde estaba Esther.

Entre el transcurrir de estos hechos eventuales, el desparpajo de una realidad insólita y ese espacio sagrado que conserva la hoja en blanco ante la ilusión de un encuentro, de una conversación o del surgimiento de las ideas, concebimos el libro que ahora estás leyendo.

# **PARTE 1**

**EL TIEMPO Y  
LA MEMORIA**

**10 mar. 2020 15:21**

11

Querida Albertina,

Te cuento que me entusiasma este intercambio de mails para pensar el olvido. Así que comienzo tratando de dilucidar si la memoria y el olvido son opuestos. Creo que más que opuestos son complementarios o, dicho de otra manera, que el olvido no logra borrar absolutamente la memoria. A veces creemos haber olvidado y, de pronto, irrumpe un recuerdo inesperado. A veces creemos ser muy fieles a la memoria de algo o alguien y, casi sin darnos cuenta, vamos olvidando.

Esto es discutible y tus comentarios ampliarán el panorama, pero intentaré fundamentar brevemente. La memoria es el archivo de nuestras experiencias que se actualizan mediante el recuerdo. Pero no siempre podemos recordar, ¡si lo sabremos en situación de examen!, ni siempre podemos olvidar, ¡si lo sabremos cuando nos obsesiona un recuerdo doloroso!



En situaciones horribles el olvido es curativo. Si recordáramos todo lo vivido quedaríamos inmobilizadas, o nos volveríamos locas, o moriríamos por no soportar tanto recuerdo. Quedaríamos inermes como el Funes memorioso borgeano.

Si comparásemos los procesos mentales o psíquicos con los procesos alimentarios, el olvido cumpliría el mismo papel expulsor que el aparato digestivo, que desecha lo tóxico y evacúa lo que “le sobra” al cuerpo. Reventaríamos si no pudiéramos defecar. Cambiando lo que hay que cambiar, otro tanto ocurre con la memoria, que es (o debiera ser) selectiva y expulsar lo negativo mediante el olvido.

Olvidar no es sinónimo de perdonar. A un genocida no lo perdono, pero no lo recuerdo obsesivamente, porque la memoria constante de esos horrores imposibilitaría seguir viviendo. Entiendo que hay que mantener la memoria del horror en potencia y actualizarla cuando se pretende volver a horrores pasados, o dar impunidad a los culpables, o negar el número de víctimas o su calidad de tales. Pero entiendo también que necesitamos una cuota de olvido para poder apostar a la vida. Y, arriesgándome a ser reiterativa, repito: olvidar —en el sentido que aquí traté de comunicarte— no es perdonar, es un hiato en el recuerdo.

Espero tus reflexiones y te mando un beso,

Esther

\*\*\*

**11 mar. 2020 14:15**

Querida Esther,

También me cuesta pensar la memoria y el olvido como opuestos, más bien me resultan complementarios. Creo que, por un lado, está la memoria colectiva, esa que no debe olvidar los crímenes del pasado, y por otro lado está la memoria personal, que es intrínseca

al olvido. Sería imposible vivir recordándolo todo; sin olvido no hay memoria posible.

Por otro lado, haría una diferencia entre recuerdo y memoria. Si bien tampoco se puede recordar todo, el recuerdo podría ser eso que aparece de forma involuntaria. Un olor de la infancia, la forma de mirar de una persona que nos recuerda a otra, el sonido en los días de lluvia que trae otros días de lluvia ya vividos, unos besos que nos recuerdan caricias de otras. Y ahí quería llegar para pensar el cuerpo como un archivo, pero no como una babélica biblioteca, sino como un reservorio de lo ya dicho y de lo no dicho. Y cómo esa pérdida, eso no dicho, ese olvido, también deja su marca sobre ese archivo devenido presente. ¿Estarás de acuerdo con esto? Imaginarnos como unas albuferas, un cúmulo de memoria salada que forma un nuevo ecosistema para especies migratorias. La lengua de arena que nos separa del mar como el tiempo transcurrido entre una escena y la presente; el transcurso entre una experiencia y la que la vuelve al recuerdo, aunque en ella siempre habite la memoria: ese salar que tuvo que olvidar su constitución original para seguir llamándose salado.

Creo que uno de los problemas de la memoria como reconstrucción histórica ha sido darle la espalda al olvido, sin reconocer así que en el acto mismo de recordar se lo está implicando. Insisto en diferenciar la memoria colectiva de la personal. Pero de todas formas creo que es necesario incluir la figura del olvido porque, como bien decís, si no, viviríamos intoxicadas. No sé si se puede hacer una tipología de los olvidos, pero creo que cada una tiene que buscar sus propios olvidos para dar paso a otros recuerdos. ¿Qué te parece esta idea? Pensar el olvido como facilitador del recuerdo y no como un criminal de la memoria.

Tampoco creo que tenga ninguna relación con el perdón, aunque es una figura que no me interesa especialmente. Nunca entendí muy bien qué es el perdón, así como tampoco comprendo la idea de castigo. Creo que son ideas con demasiado arraigo teológico y por eso me exceden para pensar el mundo. Lo que no significa que perdone los crímenes cometidos, sino que no puedo entender qué sería perdonar

algo así. Poner al olvido del lado del perdón creo que es un error. Pero no sé, tal vez a vos se te ocurra otro camino para pensar esto. Creo que el olvido está más cerca de la justicia que del perdón.

Por otro lado, me interesa la memoria como órgano vital; no como algo fijo, sino como la reconstrucción de un pasado, que no es tal sino un recorte. Recorte que está influenciado por el presente, por el momento mismo en que nos sentamos a recordar. También podríamos incluir acá a las demás personas. ¿Frente a quién recordamos? ¿Y cómo esa persona o tribunal modifica ese recuerdo? Por ejemplo, en mi caso no es lo mismo cuando tengo que contar la historia de mis padres desaparecidos en el juicio por lesa humanidad, que cuando hago una película sobre el tema, que cuando le tengo que contar esa misma historia a mi hijo de 5 años, o cómo se la cuento ahora que tiene 11, o cómo la replico cuando estoy en una escena de intimidad con una amante. En cada una de esas situaciones mi cuerpo es otro y mi memoria también.

Seguro me olvidé de decir un montón de cosas, pero voy mandando esto así dejamos que el surgente aflore.

Me entusiasma mucho charlar todas estas cuestiones con vos.

Abrazos,

Albertina

\*\*\*

**11 mar. 2020 16:50**

Querida Albertina,

¿Sabés que esto me está gustando más de lo que imaginé cuando nos convocaron? Recién, cuando leí tu respuesta, cobré conciencia de que si estuviéramos frente a frente —en una charla de café, por ejemplo— posiblemente no podríamos llevar el hilo de los temas con el mismo nivel de conexión que ya, desde el comienzo, estamos logrando por este medio.

Me preguntás si estoy de acuerdo con que el olvido de una pérdida (le agregó, o agravio) deja su marca en el archivo de la memoria que ya ha devenido presente. Titubeo al intentar contestarte, no porque dude de que realmente sea así, sino porque personalmente llevo algunas heridas en mi memoria que ni siquiera alcanzaron el estatus de olvido. Tres son tan antiguas que casi me da vergüenza no haberlas archivado para siempre. Y dos son tan recientes que es entendible que sigan presentes.

Las heridas antiguas me las infringieron mis padres, las presentes, mi hija y mi hijo. En realidad, lo que no puedo olvidar de mis padres (en este sentido, en el mail anterior, relacioné olvido con perdón) es que a mis 5 años me endilgaron –ante autoridades sanitarias– una agresión hacia una hermana mía que en verdad habían cometido ellos; otra, a mis 11 años, cuando me prohibieron seguir estudiando “porque las mujeres no van al secundario, tienen que prepararse para ser buenas madres y buenas esposas”; la tercera me la propinó mi madre por su cuenta: tuvo relaciones sexoafectivas con quien entonces era mi marido, el padre de mi hija y mi hijo.

Por otra parte, el desgarrón que provocaron mis hijos no fue intencional: Fabiana murió hace cinco años, Gustavo, hace dos años y medio. Es decir que, contestando tu pregunta, afirmo que sí, que lo olvidado sin dudas deja marcas en el archivo del presente. Incluso va reconstruyendo nuestra subjetividad.

Proponés pensar el olvido como facilitador del recuerdo y no como criminal de la memoria. Me complace esa propuesta. Al leerla comprendí por qué valoro tanto tus películas sobre tu condición de hija de desaparecidos. Me lo había preguntado muchas veces, porque en general, soporto mal ver producciones sobre el tema, me angustian. En cambio, tus películas –de manera especial para mí *Los Rubios* y *Cuatreros*– me producen pasiones alegres. Esas que provoca el arte sin golpes bajos y con mucha elaboración conceptual. Planteás y lográs reinventar los recuerdos convirtiéndolos en actos creativos.

En cuanto a diferenciar la memoria colectiva de la personal, concuerdo absolutamente. En mi mail anterior intenté poner el acento en la necesidad individual de olvidar para no emponzoñarse, pero me pliego a la idea de memoria colectiva. Esa debería ser como una lámpara votiva que no se apaga nunca. Y es responsabilidad de todos que siempre permanezca encendida.

Cuando enumerás las metamorfosis por las que van pasando tus recuerdos según con quién recordás o a quién le contás, me hiciste pensar que nada cambia tanto como el pasado, mejor dicho, como la memoria del pasado. Y pienso que te debe ocurrir respecto de tu cine algo similar a lo que a mí me ocurre con mis libros: al poner en obra nuestros recuerdos los “objetivamos”, los podemos ver en la pantalla o en el escrito tomando cierta distancia de ellos y –algo fundamental que también señalarás– los podemos compartir. ¡Qué bueno cuando llevamos una carga pesada que alguien nos preste su hombro para aliviar el nuestro!

Gracias por tus palabras sobre esta tarea compartida.

Te abrazo,

Esther

16

\*\*\*

**11 mar. 2020 20:42**

Esther querida,

Es extraño porque hace poco le dije a alguien que de chica había sido gorda y que tenía el pelo lacio. No me creyó, por supuesto, debido a mi aspecto actual. Justo hace unos días busqué la foto que daba cuenta de aquel pasado y ahora que comenzamos este intercambio tengo la foto sobre el escritorio y me hace pensar en quién es esa niña gordita y de flequillo que mira desconcertada mientras escribo estas líneas. ¿Soy yo realmente? ¿Qué hay de mí en esa niña? La foto es una verdadera

curiosidad, es casi imposible reconocer algo de mí en ese cuerpito y sin embargo se supone que soy esa, ¿o debería decir “fui esa”? Si es en pasado, hay una memoria de esas piernas regordetas en alguna parte de este cuerpo medio desvalido que fui construyendo a fuerza de olvidos y de recuerdos. A fuerza de ir construyendo una memoria a través de la experiencia de vivir.

